

Bajo una cierta postura filosófica, acuñada por algunos teóricos como Tomás Pollán, el origen de la filosofía se explica como una suerte de variación lingüística en el modo y los medios a partir de los cuales el griego antiguo —hasta el siglo V— daba cuenta de la realidad. Así, por ejemplo, la introducción del verbo Ser, marcó un cambio radical en la estructura del pensamiento griego, dando una nueva consistencia a las reflexiones hasta entonces ensayadas sobre la naturaleza, la vida, el hombre, el cosmos. Desde esta perspectiva la filosofía se caracterizaría por una aspiración a la sistematicidad, mientras que, por su parte, la literatura parecería concernir a otras formas de expresión, menos exactas, más libres en su modo de abordar la realidad. Así, la labor de los rapsodas, por ejemplo, consistía en hilar relatos sobre heroicas batallas, viajes épicos, travesías interminables aún insertos dentro de un mundo mágico, sujeto a la voluntad de los dioses. Se guiaban por la métrica y el ritmo más que por una idea de verdad, dando forma a una tradición, cuyo soporte, durante largo tiempo, fue la transmisión oral.

Ésta es, en términos muy básicos, la diferencia que ha propiciado el divorcio entre filosofía y literatura, desde sus orígenes, o podríamos quizás decir, desde una cierta noción de “origen” arraigada en nuestra cultura, que tiende a pensar la filosofía como un salto cognitivo sobre el mito sumido en las aguas turbias de la ambigüedad. Prejuicio cultivado desde Platón hasta la fecha, que ve a la poesía y a la ficción como formas peligrosas de deformación de la verdad.

Paralelamente a este divorcio, han habido también algunos intentos de reconciliación, como el propiciado durante el siglo XVIII por el Romanticismo alemán o, más tarde, en Francia, por el existencialismo de Camus; o, sin lugar a dudas, el sostenido por María Zambrano con su “Razón poética”. Estos intentos de reconciliación respondieron a la insuficiencia de las categorías filosóficas tradicionales para dar cuenta de una realidad compleja, sobre todo si tomamos en cuenta el impacto de las dos guerras y la crisis en la que entró, con ellas, el concepto de humanidad. Por ello, algunas voces osadas, desobedientes de las demarcaciones del saber buscan todavía formas distintas de entender esta relación. Una de ellas es la voz Henri Meschonnic, poeta y lingüista francés que llega al punto de considerar a la poesía misma como crítica, o a la “*poética como crítica del sentido*”. Si nuestra idea de mundo está construida a través del lenguaje, hay que poner atención no sólo a lo que se dice sino a lo que se hace a través de él, a lo que a través de él se produce y se transforma en nosotros. Ahora bien, lenguaje no entendido como un mero conjunto de signos y de reglas operativas. Para Meschonnic, el “sentido” de un texto es indiscernible sin la participación del ritmo, ese componente vivo que lo atraviesa y convierte en una experiencia sensible. Así como aquel que escucha o lee no es tabula rasa, recipiente vacío que pueda ser llenado con cualquier contenido, el texto tampoco es un objeto muerto, al que se pueda acceder de manera unilateral. El lenguaje siempre nos desborda, sale de nuestro control, es, aún cuando se trate de nuestra lengua materna, una experiencia a la vez de intimidad y de extrañeza, una experiencia indisociable de la

respiración y del pulso, un encuentro corpóreo con los tránsitos vivos de la memoria que se revitalizan y actualizan a través de nosotros.

En el Dossier del número actual, encontramos diversas propuestas que dan cuenta de la dimensión filosófica del lenguaje literario, o incluso de su capacidad de instigar a la filosofía y de cuestionar sus propios marcos.

Desmantelar nuestra confianza en las palabras y devolverle al lenguaje su extrañeza fundamental sea quizás la labor más persistente de los poetas y escritores de todos los tiempos. Volviendo a Meschonnic, la poesía es ya una forma de crítica, pero sólo en la medida en que produce desde el lenguaje, un cuestionamiento del lenguaje mismo como estructura sobre la cual se sostiene el poder.

Los invitamos a leer el material reunido en la revista y a buscar, a partir de sus propias inquietudes, los vasos comunicantes entre filosofía y literatura. En la sección *Temperie* encontrarán un cuento, escrito con característica paciencia beduina donde una duna personifica la ambición humana por apropiarse del espacio; un par de potentes poemas inspirados en Safo, que con cierto tono apocalíptico, hablan sobre la resistencia ante la muerte; otro cuento que con desbordante ludismo describe el fenómeno de la personalidad dividida y nos ofrece un interesante cuestionamiento sobre la identidad; otro texto que desarrolla poéticamente una reflexión filosófica sobre el “azul del cielo” y tres poemas más que nos dejan improntas sensoriales para pensar las relaciones entre cuerpo, tiempo y escritura. **¶**